

Escribir.

Por una sociología narrativa

Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua

A Beatriz.

Hugo José Suárez

La Paz, 22 de noviembre del 2023

Temprano aprendí a usar las letras de la mano de las emociones. Rápido supe que los sentimientos se montan en palabras, que la vida va en la lengua. El primer episodio que tengo en mente del uso de la escritura para emitir un mensaje, que de acuerdo a algunos autores es la definición básica del lenguaje, es aquella tarde lluviosa en mi barrio de infancia, San Miguel, cuando hice un acróstico a una vecina. No tenía más de diez años. Habrá sido febrero, la humedad inundaba el ambiente, la tierra expulsaba sus aromas luego de ser penetrada por las gotas. Atardecía, la luz naranja todavía se reflejaba en las tímidas nubes gastadas, en retirada. La niña estaba del otro lado de la reja, en su jardín. De rasgos finos, ojos miel, cabello lacio, castaño, largo. Yo pasaba por la acera, faltaba poco para llegar a mi casa. Me detuve, la miré y sólo le arranqué su fugaz mirada, me la guardé. No la saludé, siempre he sido demasiado tímido, seguí mis pasos. Llegué a mi cuarto y no supe qué hacer con la imagen que me rondaba sin dejarme concentrar. Saqué mi cuaderno de colegio, tomé la pluma con la que hacía las tareas de matemáticas, y empecé a escribir jugueteando con lo único que tenía: su nombre y su recuerdo.

Aquel día aprendí que en el papel cabía todo, que con las letras calmaba al espíritu. Habrá sido unos meses después, cuando mi padre viajó a España a una corta estancia. El vacío se apoderó de la casa, sin saber que sería un preludio de su partida definitiva. Le mandé algunas cartas, pero el momento más intenso fue

cuando, nuevamente, escribí un acróstico. José Luis. ¿Qué me decía ese nombre? Repetí la operación: abrí un cuaderno, tomé la pluma, llené la página soltando palabras que me dibujaran su presencia. Partió el correo y unas semanas más tarde él reviró el ejercicio con mi nombre.

Y luego, unos años más tarde, llegó el episodio más duro, que tan sólo al evocarlo me estremece el alma. Era jueves, 15 de enero de 1981. La dictadura marcaba el ritmo de nuestras vidas. La muerte rondaba, el miedo nos poseía. Papá salió a una reunión política en Sopocachi. Tenía que volver pronto, era un encuentro corto. No fue así. Fuimos a un evento familiar en el cual él tenía que darnos alcance. Pasaron las horas y no llegó. Volvimos a casa solos, mi hermana, mi madre y yo, algo andaba mal. Escuchamos los rumores tenebrosos: hubo movimiento paramilitar por donde él estaba, dicen que atraparon a varios, dicen que los mataron, dicen que nadie sobrevivió. Como había “toque de queda”, mi madre no pudo salir sino hasta el día siguiente. Dormimos los tres en la cama grande, con miedo, recibiendo llamadas amenazantes al teléfono toda la noche. Al amanecer, salió mamá a buscarlo, a recorrer cuarteles, cárceles, hospitales, embajadas, la morgue. Mi hermana y yo quedamos al abrigo de un pariente. Cada que le era posible, mi madre nos llamaba y nuestra conversación se reducía a una pregunta: ¿hay esperanza? Los primeros intercambios eran, si no alentadores, al menos no fatales; la respuesta era sí. Pero a media tarde, la misma pregunta recibió la respuesta contraria: “no, el papá está muerto”. Había sido asesinado por el régimen. Yo tenía diez años, a un par de semanas de cumplir once.

Me arrebataron la presencia de Lucho en unas horas. Cuando llegué a casa de mis abuelos donde velaban el cuerpo de papá, en la Av. Bush 686 donde hoy hay un edificio, me abrí paso entre la gente que me abrazaba hasta llegar al féretro abierto. Vi su rostro, teñido de moretones, rígido, magullado, frío, con los ojos cerrados. Lloré hasta acabarme las lágrimas. Leía su nombre en las esquelas colgadas de los arreglos florales, aquel nombre con el que tiempo atrás componía frases, ahora, con letras negras, estaba impregnado de tristeza. Quería borrar esas letras, cambiarlas, como si reacomodándolas inventara otra historia. Entonces conocí la ausencia

definitiva, descubrí la muerte. Fui al cementerio en incontables ocasiones. La primera, cuando introdujeron el ataúd en el mausoleo y lo sellaron por fuera con yeso como quien da vuelta una página de la historia, como quien cierra un libro para siempre. Tantas veces me paré frente a su tumba. Supe que así se habla con los muertos, que frente a su cuerpo bajo tierra se les dice cosas, se dialoga, en silencio, en oración. Pero también supe que podía escribir, que ese era mi refugio. Llegó marzo, el primer día del padre sin *mi* padre. Escribí al infinito:

“Espero que desde el cielo puedas leer esta carta, te felicito con todo mi cariño y espero que el Día del Padre lo pases muy bien. Papito, te pongo esta carta en tu nicho porque tú debes pasar por ahí muchas veces, además está tu cuerpo. Papito, espero que te enteres de todo lo que pasa aquí, no te lo digo porque hay curiosos que pueden leer esto como si fuera un periódico y eso no me gustaría. Y para terminar lo único que puedo decir es que tu falta y la de los demás nadie podrá reemplazar. Con mucho cariño tu hijo que te adora”.

Le siguieron un par de poemas y otros textos. La ausencia se llenaba con las palabras, el duelo lo enfrentaba redactando. Descubrí que en el mágico momento de la escritura, la memoria se posesiona de nosotros, se resucita el pasado y quienes lo habitaron. Supe que la palabra es vida. Así lo entendió mi mamá, que meses después de la muerte de Lucho, en 1982, recolectó sus textos de múltiples naturalezas y con variadas intenciones, desde artículos de opinión hasta canciones, discursos y poesía, y todo cupo en un solo libro con un bello título: *Los cuatro días de mi eternidad*¹. Era un juego de imágenes retomado de una carta de Lucho a su esposa Beatriz en la que evocaba el viejo dicho “cuatro días locos viviremos dice la gente”, pero, complementaba él, “para quien sólo tiene una vida, esos cuatro días son una eternidad, y ¿cómo malgastar de ellos un instante?”².

Los cuatro días de mi eternidad selló mi relación con la escritura, la publicación, la vida, la muerte. Hay ausencias que no lo son, o más bien que son presencias

¹ SUÁREZ Luis, *Los cuatro días de mi eternidad*, Ed. Muela del diablo, La Paz, 2006.

² *Ibid.*, p. 5.

transmutadas. Las cosas tienen agencia, tienen vida autónoma, dice la sociología actual. Y algo hay de cierto: cargo ese libro por donde voy, y a mis hijas les he regalado un ejemplar para que hagan lo propio. Desde ahí, no dejo de tejer palabras y sentimientos, recuerdos y frases. Mienten quienes afirman que los libros tienen papel y letras; no, contienen aullidos, susurros, llantos, esperanzas, risas, momentos, gozos: son cajitas que condensan vidas.

Los años corrieron, y llegó la hora de elecciones profesionales. Terminaba el colegio, había que tomar una decisión sobre el futuro. Por distintas razones, todo condujo en una sola dirección: México. Llegué en junio de 1988, a mis dieciocho años, para estudiar sociología. En el primer trimestre tuve la suerte de caer en manos de un profesor de esos que hay pocos. No recuerdo ni su nombre, más bien, curioso en mí, tengo muy presente una labor. Creo que la asignatura era “Técnicas de estudio” o algo así que es todo y nada. El audaz Maestro, con mayúscula, nos dijo que teníamos que redactar un diario. Así de llano, sin más instrucciones. Solamente añadió un comentario: “escriban lo que vieron, la idea que les pareció interesante, el comentario de la película o del libro que pasó por sus manos, y si no se les ocurre nada, cuenten algún episodio de la jornada, pero sobre todo, no se vayan a dormir sin poner aunque sea unas cortas frases”. Al principio no entendí el sentido de la tarea, aunque como soy cumplidor, la hice fielmente conforme a las indicaciones. Se dice que en la repetición está el gusto. Tal cual. Antes de que termine el curso, tenía instalado el hábito de pasar por la máquina de escribir -así como lavarme los dientes o ponerme pijama- previo a llegar a la cama. Pasó algo raro en mí, me convertí en el narrador de mi propia existencia; sentía mi vida como una película que diariamente iba inventando y registrando. Fue un par de décadas más tarde que me topé con el libro *Esto no es un diario* de Z. Bauman y subrayé una frase que es sentencia: “no he sabido aprender otro modo de vida más que el de la escritura. Un día sin escribir o anotar algo se me antoja un día desperdiciado o criminalmente abortado: un deber incumplido, una vocación traicionada”³. El Maestro tenía claro que la escritura cuesta, que hay que incorporarla a la

³ BAUMAN Zygmunt, *Esto no es un diario*, Ed. Paidós, México, 2015, p. 11-12.

cotidianidad, ejercitarla, hacerla nuestra aliada, convertirla en nuestra amada y nuestra amante, cultivarla con pasión y empeño. Sabía que la escritura, aquella herencia de la humanidad que tenemos el privilegio de gozar, hay que incorporarla a nuestro cerebro hasta el límite de que podamos pensar con ella, transmitir, seducir; dicho de otro modo: se debe transformar todo en palabras articuladas, el pensamiento, la razón, la experiencia y la emoción. Somos lo que escribimos, y es acaso lo único que quedará de nosotros. Esa creo que era la enseñanza de aquel profesor a quien le debo tanto y cuyo apellido he borrado.

Mi nueva vida de estudiante en México fue de la mano de la necesidad de comunicación con mi madre y mi hermana, con mis abuelos, con mis tíos y con mis amigos. No era fácil. En aquellos años, a finales de los ochenta, la vía más directa era el correo regular, aquel de papel, sobres y estampillas. El teléfono era costoso y esporádico, además, a menudo, era difícil tener un aparato a disposición. Recuerdo la angustia que sentí cuando una mañana que tenía que recibir la llamada de mi madre en casa de unos amigos, éstos habían olvidado la cita y salieron. Yo me quedé afuera, escuchando el timbrar telefónico con la puerta cerrada sin poder contestar. Sólo el intercambio epistolar daba cierta garantía de contacto, así fuera espaciado y lento. Adquirí la costumbre de escribir largas cartas a mano, iba a la oficina postal regularmente, incluso algún momento me pregunté si aquello no afectaría a mi magra economía. Quería contarle todo, lo que veía, lo que vivía, lo que aprendía. Quería que en mis letras vayan mis vivencias, que mis manos escribieran lo que mis ojos registraban, lo que mi piel resentía, lo que mi boca degustaba, lo que por mis oídos penetraba. Quería dar testimonio de cada paso, cada experiencia a través de mis cartas. Y entre tanto, quería que sintieran cuando estaba feliz o cuando era presa del desasosiego; que reciban mi afecto, que sepan cuánto los extrañaba, cuánto quería tenerlos conmigo. Sólo tenía las palabras, esas malditas -como alguien las llamó-, tan tiranas como libertarias, para dar fe de que estaba vivo.

Esa temporada fue de la mano de una vida espiritual profunda. En México me contacté con grupos de jóvenes vinculados a la Compañía de Jesús. Fui a decenas

de reuniones, encuentros, retiros, cursillos. Incluso hice los Ejercicios Espirituales de San Ignacio e incorporé el discernimiento a mi cotidianidad. Una parte intensa de mi relación con lo divino atravesaba por lo escrito. Aunque, como sugería Michel De Certeau, la vida religiosa no es para ser narrada sino experimentada, escribí varias oraciones que mandaba a mi abuela en La Paz, y tuve un cuaderno de oración en el que anotaba, con riguroso método ignaciano, las mociones consolatorias o desolatorias en la vida diaria.

Entre que leía autores, escuchaba conferencias, discutía en seminarios, veía películas, transitaba por la ciudad, conocía mi cuerpo y otros cuerpos, me llenaba de sensaciones y saberes nuevos, la escritura, que fluía en dos arroyos paralelos -las cartas y mi diario-, me acompañaba e inventariaba cada paso. Ya no tuve duda: nos habíamos fusionado, ya no nos separaríamos más.

A mediados de los noventa, llegué a la Universidad Católica de Lovaina a hacer un doctorado en sociología. Me esperó una academia especialmente dinámica, con brillantes profesores y seminarios muy estimulantes. En unos años me convertí en un sociólogo de verdad, aprendí a construir conocimiento desde las ciencias sociales, siguiendo los protocolos propios de una disciplina tan compleja. Leía muchísimo, me perdía en las bibliotecas generosas, a veces con agenda clara buscando un artículo o persiguiendo una idea, o en ocasiones dejando que la serendipia sea mi aliada, respondiendo solo al olfato en el laberinto de las letras. Conocí la escritura sociológica, la personalidad, el autor, el estilo. Pierre Bourdieu es hermético, arrogante, pero preciso y profundo. Durkheim es inteligente, pertinente, claro; avanza por la negación para llegar a su concepto central. Touraine es fresco, pero habla mejor de lo que escribe. Freud es una delicia, teje argumento y narración. Becker acompaña, te introduce en su razonamiento como quien te explica algo sofisticado en un café. A la vez, aprendí a redactar y pensar “científicamente”. Mi tesis doctoral fue muy rígida, en código técnico, pensando que sea comprensible y convincente para los siete miembros de mi tribunal. Me privé de toda elegancia, contuve la pretensión estética, eliminé lo que pusiera en duda la neutralidad y científicidad de mi trabajo. Leí muchos artículos científicos y

aprendí a escribir así, siempre en tercera persona, empezando por una pregunta y un problema, un balance de lo escrito, explicación de la estrategia metodológica, presentación de resultados, conclusiones. En veinte páginas -no más, no menos-, debía entrar todo. Con ese talante hice parte de mi carrera. Decenas de mis textos tienen el sello de “artículo científico”, o *paper* como le llaman los estadounidenses. Tuvieron que pasar varios lustros para cuestionar mi quehacer académico, pero llegaré más adelante a ese tema.

En Lovaina descubrí una nueva dimensión de la palabra. Greimas me enseñó que el sentido se genera a partir del principio de asociación y de oposición. Gracias a la *Semántica estructural*⁴ y a la relectura desde la sociolingüística de mi tutor Jean Pierre Hiernaux⁵, comprendí que la combinación de los términos con aquellos dos principios básicos, componen sistemas cognitivos que son aprendidos e interiorizados -y por supuesto transformados cada que se requiere- por los seres humanos, y que son ellos los nos que dotan de coherencia frente al mundo y frente a uno mismo. Y más, son estos sistemas simbólicos los que organizan el orden de la percepción, el actorial y el sensorial, además de estar en la fuente de la movilización afectiva que todo sujeto tiene y que implica organizar su energía psíquica en dirección del proyecto vital por el que optó. Jean Remy y Jean Pierre Hiernaux decían con claridad que las prácticas sociales no se las puede explicar si se considera al ser humano como “homo economicus” que reacciona según la racionalidad material, “al contrario el actor debe ser comprendido sobre todo como un ser de sentidos y símbolos que funcionan según otra racionalidad que le es otorgada por la economía de las percepciones o de las relaciones de sentido”⁶. Jean Pierre desarrolló una sofisticada estrategia metodológica para encontrar los sentidos en las palabras a través del Método de Análisis Estructural, sobre el cual escribí varios textos y di muchas clases. También conocí a Barthes, entendí que “el

⁴ GREIMAS Algiras Julian, *Sémantique Structurale. Recherche de la méthode*, Ed. PUF. Paris, 1995.

⁵ HIERNAUX Jean Pierre, *L'Institution Culturelle. Systématisation théorique et méthodologique*, Dissertation doctoral Vol I, Vol. II y Vol III, UCL-Louvain-la-Neuve, 1977.

⁶ HIERNAUX Jean Pierre y REMY Jean, "Rapport de sens et rapport social, Eléments pour une problématique et une perspective d'observation, in *Recherches Sociologiques*, N. 1, 1978, p. 102.

relato está allí, como la vida”⁷, que es el relato lo que nos hace humanos, que siempre estuvo y estará en nosotros, que es una dimensión antropológica. Y fue nuevamente Jean Pierre que me enseñó que el relato no es monopolio de escritores profesionales, sino que es, sobre todo, una práctica de los actores sociales que necesitan construir una narrativa en la que ellos mismos sean los héroes, con búsquedas, con problemas, con ayudantes y opositores, con objetivos vitales. Con esos instrumentos, me pasé horas de horas no sólo leyendo teóricos y metodólogos, más bien, escarbando en los documentos empíricos de la gente, las canciones, las propagandas, las oraciones, los discursos, los manifiestos, las cartas, los artículos, en fin, todo soporte en el cual alguien expresara su sentir. Procuraba las relaciones entre los términos, las unidades mínimas de sentido, las relaciones básicas, las estructuras que se desprenden y los modelos culturales dominantes que son los que están en la base de la vida social.

El período siguiente a mi formación doctoral fue especialmente alentador. Me moví por varios países hasta que me instalé como investigador “definitivo” -como se llama a consolidar una plaza universitaria en México- en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Construí una carrera científica vinculada a la academia mexicana con varios textos que siguieron todos los protocolos universitarios de publicación, comités editoriales, dictámenes ciegos, correcciones, etc. Me convertí en “investigador nacional” con obra aceptada y valorada en el ámbito científico. Sin embargo, no abandoné mi escritura “emocional”, por llamarla de alguna manera. Por varios años estuve prisionero de una tensión bipolar. Por un lado, escribía como sociólogo apegado estrictamente a los parámetros de lo que se entiende como científico, y por otro dejaba fluir mis impresiones “sin filtro” en otro tipo de documentos. Publicaba en México y en Bolivia escritos completamente dispares que muy eventualmente se cruzaban. Estaba dividido en dos: en un texto era el científico, el sociólogo formal e intachable, y en otro el ciudadano, el ser humano que vive acompañado de las letras. Las barreras respecto de mis dos formas de escribir se fueron desmoronando

⁷ BARTHES Roland, “Introducción al análisis estructural de los relatos”, in VV.AA, *Análisis estructural del relato*, Ed. Coyoacán, México, 2011, p. 7.

gracias a distintos acontecimientos. En el 2014 hice una estancia sabática en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Fue la ocasión para leer autores en los que no me había detenido. Revisé antropólogos como Geertz, Augé, Clifford; sociólogos que acudían a la etnografía para sus estudios como Wacquant, Benzecry, Venkatesh; releí otros académicos especialmente estimulantes como Berman, Sennett. En Nueva York, transitando entre los cafés y las bibliotecas, surgió el proyecto más atrevido de mi carrera: estudiar las transformaciones en la última década en San Miguel, mi barrio de infancia, en La Paz. En esa investigación decidí sacudirme de mis formas previas de hacer sociología y desplazarme hacia un terreno desconocido. Decidí acudir a la narrativa, al cine, a la fotografía, a mis recuerdos personales, tanto como a los documentos oficiales, las estadísticas o los estudios científicos. Entrevisté a mi madre, a mis vecinos, removí mi memoria de la infancia y adolescencia, la bicicleta y la política, y escribí un libro que se llamó *La Paz en el torbellino del progreso*⁸. El documento lo presenté al Comité Editorial del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, conocido por ser estricto en el proceso de dictaminación de pares. A estas alturas debo confesar que pensé que el libro no pasaría ni la primera evaluación, mi sorpresa fue grande cuando me comunicaron que había recibido opiniones favorables y que sería publicado. Más grata todavía fue aquella llamada que recibí años más tarde de uno de los dictaminadores que me dijo que le había encantado la frescura del libro y me alentó a que siga esa ruta.

Aparte de ese texto, y otros títulos que fui escribiendo en el camino -como *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*⁹, luego el *Diario de La Paz*¹⁰, y *París a diario*¹¹-, fueron muchas las lecturas que me hicieron poner en duda la barrera entre la escritura científica y la narrativa. Navegando en las ideas, me encontré en la revista del Fondo de Cultura Económica, con un párrafo de Roger Bartra que resume bien el dilema:

⁸ SUÁREZ Hugo José, *La Paz en el torbellino del progreso*, Ed. IIS-UNAM, México, 2018.

⁹ SUÁREZ Hugo José, *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*, Ed. 3600, La Paz, 2015.

¹⁰ SUÁREZ Hugo José, *Diario de La Paz. Apuntes de un retorno*, Ed. 3600, La Paz, 2022.

¹¹ SUÁREZ Hugo José, *París a diario*, UNAM, Ciudad de México, 2022.

“Mi desempeño como escritor me ha llevado a toparme con ese indefinible pero muy sólido muro que separa las ciencias de las artes. En ese muro hay una puerta como la que describió Dante para entrar en el infierno. Desde un lado la puerta lleva al infierno científico y en ella se advierte que al entrar hay que abandonar toda esperanza en la belleza. Desde el otro lado de ese muro si un temerario intenta pasar al terreno de las artes se le advierte que al entrar hay que abandonar toda esperanza en la verdad. Esa dramática dualidad, que enfrenta la verdad científica contra el mundo artístico y literario de la belleza, amenaza a los científicos que quieren desempeñar como escritores (y a la inversa, lo mismo que a los escritores que quieren ejercer oficios científicos). Pero tanto artistas como científicos viven en el mismo mundo”¹².

En esas disquisiciones, aparecieron además muchos autores que me ayudaron a pensar mejor. El inquietante dilema que plantea Bartra se puso en otros términos en los sesenta. Al antropólogo Oscar Lewis se le cuestionó la fidelidad de los datos que presentaba en sus libros *Los hijos de Sánchez* y *Antropología de la pobreza*, dudando si lo suyo era etnografía o pura fabulación. Él responde que su apuesta es por “iniciar una nueva especie literaria de realismo social”¹³; pide no ser clasificado ni como ficción ni como antropología convencional, sino como “realismo etnográfico”¹⁴.

El historiador Ivan Jablonka me enseñó que la experiencia literaria y la epistemología no necesariamente van separadas, más bien pueden reinventarse mutuamente. Comprender y explicar pueden ir de la mano de narrar. Hice míos sus consejos: “Por eso -dice Jablonka-, no hay que vacilar en abordar un tema que nos toca personalmente, emprender una investigación motivada por un hecho personal, una búsqueda identitaria: admiración, amor, deseo, recuerdo de infancia, sentimiento de estar en deuda, pero también abandono, suicidio, pérdida,

¹² BARTRA Roger, “Largo camino”, en *La Gaceta*, Diciembre 2017-enero 2018, N. 564-565, p. 7.

¹³ LEWIS Oscar, *Los hijos de Sánchez*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 39.

¹⁴ LEWIS Oscar, *Antropología de la pobreza*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, p. 19.

exilio...”¹⁵. Y concluye: “Y hoy mis libros son varias cosas a la vez, historia, sociología, antropología, investigación, relato, bitácora, biografía, autobiografía, oración, literatura, con cosas que se abren y cosas que se deslizan”¹⁶. Me quedé con la estimulante figura del “científico-narrador”, como quien navega en dos mares con igual soltura. Me encontré también con la reflexión del sociólogo Edgar Morin donde describe los dos hilos del pensamiento: la ciencia y la poesía; el primero se refiere a la formulación abstracta, la lógica y la matemática, el segundo a la evocación, la metáfora y la analogía. Y concluye el pensador francés: “podemos intentar trenzar ambos hilos. Podemos estimular la ciencia por la poesía y, hoy en día, la poesía por la ciencia”¹⁷.

El académico mexicano Luis González y González, se ocupó del tema desde lo que llamó la Microhistoria, que es una manera de acercarse a los acontecimientos no desde los grandes momentos, personajes heroicos, episodios épicos -que suelen tener muchos reflectores- sino desde la gente, sus costumbres, su universo cotidiano, su lenguaje, sus situaciones más pedestres que a menudo pasan desapercibidas. González y González lo dice con claridad: “Emociones, que no razones, son las que inducen al quehacer microhistórico”¹⁸; y más: “no hay por qué avergonzarse al confesarlo: la microhistoria y la literatura son hermanas gemelas”¹⁹. Narrar en lenguaje sencillo, claro y directo –“no obstante el trabajo que cuesta y el poco mercado que tiene”²⁰- es para Luis González la mejor opción, pero también la más pertinente para dar cuenta de la experiencia humana en su complejidad y en sus múltiples dimensiones. Y concluye el académico michoacano: “La microhistoria es la menos ciencia y la más humana de las ciencias del hombre”²¹.

¹⁵ JABLONKA Iván, *La historia es una literatura contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, México, 2016, p.291.

¹⁶ JABLONKA Iván, *En camping-car*, Ed. Anagrama, Barcelona, 2019, p. 168.

¹⁷ MORIN Edgar, *Journal 1962-1987*, Ed. Seuil, Paris, 2012, p. 31.

¹⁸ GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ Luis, *Otra invitación a la microhistoria*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 73.

¹⁹ *Ibid*, p. 52.

²⁰ *Ibid*, p. 54.

²¹ *Ibid*, p. 79.

Desde nuestro contexto esta discusión, que pone en duda las fronteras disciplinarias, se dio en distintos momentos y con autores muy lúcidos. Basta traer a colación el monumental trabajo de Guamán Poma de Ayala en el siglo XVI, su apuesta es política, visual, estética y científica a la vez. Lo propio con José María Arguedas, el etnólogo escritor, o Martín Chambi, el fotógrafo etnográfico. En Bolivia sobran iniciativas y muchos especialistas han abundado sobre el tema. Sólo evocar, como ejemplo, la doble intención de Jesús Lara que procura tanto mostrar la complejidad de la cultura de los incas o la dominación del indio en el marco de una intervención política, como construir una narrativa boliviana propia.

¿Cómo fue tratado el tema en la sociología, mi disciplina de origen? No me voy a detener en un repaso tedioso, sólo quiero traer la reflexión de un clásico: *La imaginación sociológica*, de Wright Mills. El autor define nuestro oficio como una *artesanía intelectual* que no debe intentar separar el trabajo y la vida, por el contrario, cada dimensión debe enriquecer la otra, es decir, se debe aprender a “usar la experiencia de vida en el trabajo intelectual, examinándola e interpretándola sin cesar”²². Mills sugiere a los sociólogos que escriban regularmente sin temor a “emplear su experiencia y relacionarla con el trabajo en marcha”²³. Todo sirve, todo vale, todo ayuda a captar momentos y registrarlos: “ideas diversas que pueden ser subproductos de la vida diaria, fragmentos de conversaciones oídas casualmente en la calle, o hasta sueños”²⁴. Por eso sugiere escribir regularmente: “no puedes tener ‘la mano diestra’ si no escribes algo por lo menos cada semana. Desarrollando el archivo, puedes tener experiencia de escritores y cultivar, como suele decirse, sus medios de expresión”²⁵. El genio de Mills está precisamente en conjugar lo que parecería excluirse por naturaleza: imaginación versus sociología. Para él, la imaginación, lejos de entenderla como un riesgo de subjetividad que nuble el saber científico, puede ser una aliada para la sociología, y viceversa.

²² MILLS C. Wright, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 207.

²³ *Ibid*, p. 207.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibid*, p. 208.

Para cerrar este manifiesto por la construcción de puentes y alianzas entre narrativa y ciencias sociales, quiero evocar el discurso de Zygmunt Bauman al recibir el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en el 2010. Bauman, un sociólogo puro y duro, comienza agradeciendo que su obra se la considere dentro de las humanidades; recuerda a sus maestros que le enseñaron a “tratar la sociología como disciplina de las *humanidades*, cuyo único, noble y magnífico propósito es el de posibilitar y facilitar el conocimiento humano y el diálogo constante entre seres humanos”²⁶, y califica a Cervantes como el padre fundador de las humanidades, “fue el primero en conseguir lo que todos quienes trabajamos en las humanidades intentamos con desigual acierto y dentro de nuestras limitadas posibilidades”: “hacer pedazos los velos hechos con remiendos de mitos, máscaras, estereotipos, prejuicios e interpretaciones previas; velos que ocultan el mundo que habitamos y que intentamos comprender”²⁷.

En esta época, luego de tanta agua recorrida bajo este puente, tengo cada vez más la certeza de que el saber y la narración deben ir de la mano. Esa es acaso la salida y la apuesta para impulsar una nueva agenda intelectual. Tal vez la sociología narrativa, la sociología vagabunda, pueda poner un ladrillo más en esta ardua tarea de narrar y explicar, en el marco de una nueva poética para la investigación social.

En fin, estimados colegas académicos y público que me acompaña esta noche, agradeciéndoles su paciente escucha, si el destino me condujo a vivir la escritura pegada al dolor de la ausencia de mi progenitor, permítanme concluir este parlamento ocupando el rol de padre que es un maravilloso regalo. Una mención para Canela y Anahí, mis adoradas fuentes de vida. Acaso lo más valioso de nuestro paso por el mundo sea la palabra. Tómenla, invéntenla, sométanla, libérenla. Aprópiense de ella, que sea la escritura su refugio y su revelación; que a su abrigo acudan cuando la necesiten, que en su laberinto encuentren la alegría.

Muchas gracias.

²⁶ BAUMAN, Op. Cit, p. 78.

²⁷ Ibid, p. 79.

